

OPINIÓN | PUNTOS DE VISTA

La opinión de los columnistas y los escritos de los colaboradores independientes reflejan en exclusiva el punto de vista del autor y no comprometen la responsabilidad de EL HERALDO S.A.

Contentos por la Vida (COVID)

Por Daniela Cepeda



El 16 de julio de 2019 el BID eligió a Barranquilla como sede de su Asamblea de Gobernadores y de BID Invest. Desde ese momento Barranquilla y el Gobierno colombiano comenzaron a soñar en hacer la mejor de la historia. Desde entonces comenzó el trabajo arduo para lograr este propósito. Tuve la fortuna de unirme a este gran equipo hace varios meses, trabajando frenéticamente,

día y noche, 7 días a la semana, a la velocidad de la luz, haciendo todo y más de lo que estaba en nuestras manos para que este sueño fuera una realidad.

Después de trabajar una larga jornada, el martes nos despertamos con la noticia de que el Directorio del BID se reuniría en horas de la tarde para decidir si se llevaría a cabo o no la Asamblea. Esta me tomó por sorpresa ya que andaba tan inmersa en la organización, que no se me había pasado por la cabeza que esto fuera una posibilidad real.

Alrededor de las 3:00 pm la Universidad del Norte expide un comunicado en el que notifica a la comunidad que quedarían cancelados todos los eventos

a efectuarse en el campus. Precisamente, uno de los eventos académicos que estaba a mi cargo era el Día Naranja, que tendría lugar en este plantel educativo. A diez días del evento había que replantearlo todo. Mientras cumplíamos con esta tarea, en medio de la angustia y la incertidumbre, sale la noticia: Asamblea del BID aplazada para septiembre.

En ese momento entendí que no era una buena, sino una excelente noticia. Porque si bien estábamos preparados para hacer una Asamblea extraordinaria, en septiembre haremos, sin duda, la mejor en la historia.

Y entonces pasé de una eterna lista de pendientes

a no tener que ejecutarlos, y así con un poco más de tiempo disponible comencé a ser más vulnerable al pánico del COVID-19. De un día para otro la realidad del mundo no había cambiado pero sí mi exposición a conversaciones y redes sociales, lo cual me llevó a darme cuenta de que (sin desconocer las medidas de precaución necesarias) la paranoia no era resultado de una realidad objetiva e informada sino de una mayor exposición a estos generadores de pánico.

También noté que esta nueva realidad ha obligado a las personas a sustraerse del día a día cotidiano, permitiéndoles apreciar lo verdaderamente esencial y ver la vida desde otra pers-

pectiva. Así por ejemplo, en un mundo en el que damos por descontado muchas cosas, como estar cerca de las personas, conversar, abrazarlas, besarlas, porque preferimos estar inmersos en nuestros dispositivos, comenzamos a apreciar la posibilidad de contacto.

En un mundo en el que vivimos contrarreloj, buscando no perder ni un segundo, desplazándonos de un lado al otro del planeta, atendiendo a reuniones y eventos sociales, de repente no gozamos de esta libertad de desplazamiento y de reunión, y por el contrario, se nos invita a pasar más tiempo aislados, lo cual es una oportunidad para hacer un pare y analizar nuestra vida; o para desarrollar pro-

yectos así como Newton, quien ante el cierre de la Universidad de Cambridge por la peste bubónica, utilizó su tiempo en casa para desarrollar el cálculo y la teoría de la gravedad.

Solo nos queda sacar lo mejor de las situaciones de las que no tenemos el control, pero sobre todo darnos cuenta de que la única vía es trabajar en colaboración en un mundo que se vuelve cada día más individualista. Y lo que antes dábamos por descontado ahora lo vemos como un regalo: la vida. Este es uno de los mensajes del mundo para que apreciemos lo más valioso y vivamos siempre con COVID: Contentos por la Vida.

Daniela@cepedatarud.com @DCepedaTarud

Recordando a Camus

Por José Félix Lafaurie Rivera



Desempolvé mi ejemplar de "La Peste" porque, hoy, frente a la pandemia que asusta al planeta y a la lucha por la hegemonía mundial, que lo aterra con la caída del precio de petróleo, el alza del dólar, el derrumbe de las bolsas y la pobreza, como si poco fueran los temores por la enfermedad y la muerte, la obra de Camus tiene una doble y pertinente lectura.

La primera, su crónica imaginaria de "la peste" transmitida por ratas en la ciudad de Orán, hoy aparece como realidad aplastante, con su incertidumbre y su miedo frente a lo incontrolable, en el mundo del control total de la tecnología y la hiperinformación de las redes.

Hoy Camus reescribiría su alegoría, ya no desde el cerco físico para atajar la enfermedad o la limitación de las libertades para "proteger a la sociedad de sí misma", sino desde ese nuevo cerco, que parece "libertad", de información exuberante, mentiras, medias verdades y supercherías, generando desinformación y pánico en las redes, a lo que no ayudan los medios, con sus agobiantes "especiales" y morbosas contabilizaciones.

Los medios y las redes deben buscar el equilibrio entre la información necesaria y responsable, y el rating y los likes, so riesgo de causar un efecto de anestesia social y "fin del mundo"; no sea que terminemos de fiesta en el desastre, como la orquesta del Titanic.

La otra lectura, la política, es "la peste" como alegoría de la maldad en la Francia ocupada por "las ratas" del nazismo y del colaboracionismo de Pétain. Es la supremacía de las ideologías -y hoy de los bolsillos- por encima de la humanidad misma, maldad que resurge en medio de la angustia.

La arrogancia de Putin y su nostalgia del poder ampliado de la U.R.S.S.,

que lo llevó a anexarse Crimea, reaparece con la ruptura del pacto con la OPEP para reducir la producción y sostener el precio del petróleo. A la caída de la demanda por el COVID-19, se suma la sobreoferta por la trepada de la producción gringa, gracias al eficaz pero "costoso" fracking, costo del que se agarra Putin en su lucha por la hegemonía mundial.

A Putin no le importan los Saudíes, ni las consecuencias demoledoras de una recesión en medio del COVID-19 para los países pobres o "en desarrollo". Lo único que le importa es tener el precio en el piso hasta quebrar a las petroleras de USA y recuperar la hegemonía al lado de los árabes. Hoy, como en La Peste, tenemos héroes para salvar al mundo de la pandemia, pero nos faltan contra la arrogancia del poder hegemónico, la verdadera peste de la historia.

Nota bene. En algún momento habrá que anteponer la seguridad de los colombianos a la solidaridad. La multitud de venezolanos entrando y saliendo con la sola protección de un tapabocas, no solo contradice las indicaciones de las autoridades sobre su uso, sino que es un peligro inminente que sugiere el cierre controlado de la frontera.

@jflafaurie

Solidaridad viral

Por Fernanda Giraldo



8500 niños mueren al día por desnutrición y el COVID19 (coronavirus) ha matado a 4967 personas en dos meses y medio. Estas muertes parecen ser percibidas de manera muy diferente. Quizás porque la primera situación es vista como antigua, habitual y lejana, que no nos toca, aunque sea superable; se ha vuelto costumbre. Y la segunda se siente desconocida y muy cercana, que puede afectarnos a todos; nos tomó por sorpresa y nos sentimos impotentes. Ambas afectan la humanidad, pero el COVID19 nos recuerda nuestra vulnerabilidad, independientemente de los determinantes socioeconómicos, ideológicos, políticos, de creencias, ocupación, nacionalidad o etnia. Nos recuerda que somos mortales. Y de repente las prioridades cambian y cobra relevancia un principio olvidado como la solidaridad, que permite a las personas colaborar mutuamente por un fin común: sobrevivir.

Esta pandemia obliga a ser solidarios para evitar el contagio, a cuidarnos para

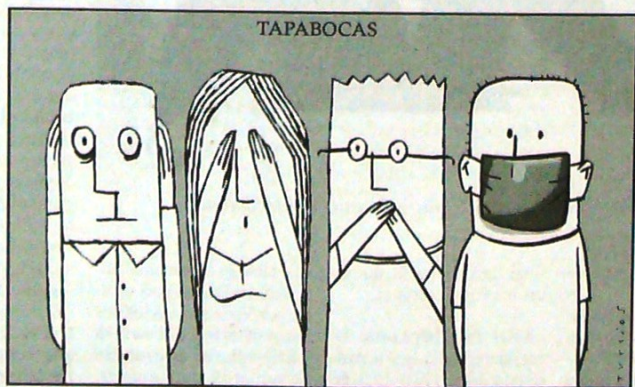
cuidar a los demás. Será que lograremos evitar que el miedo y el egoísmo nos lleven a acaparar (hasta el desabastecimiento) los insumos mínimos necesarios para el lavado de manos, uso de tapabocas y desinfección recomendadas. Y podrán los intereses financieros solidarizarse disminuyendo su avaricia por el beneficio individual de cualquier situación; y en consecuencia ser solidarios con los ciudadanos en vulnerabilidad, de todo el tiempo, del tiempo de no crisis, para facilitarles ajustar su precariedad socioeconómica y ser incluidos en las medidas que la salud pública requiere. Es diferente decidir aislarse en casa con todos los recursos, a renunciar al escaso vital que muchos solo consiguen con ocupaciones que los obligan a deambular cada día.

La respuesta a la pandemia requiere ajustes de los sistemas de salud, medidas financieras y decisiones políticas que tengan la capacidad de adaptarse con un único norte: el bien común. Esto requiere sistemas con buena coordinación, accesibilidad y flexibilidad. La duda está centrada en las falencias de suficiencia y calidad que ha demostrado el sistema de salud y las instituciones administradoras de planes de beneficio.

Necesitamos respetar las orientaciones de las autoridades sanitarias, y para ello el Estado debe gozar de credibilidad y confianza. Todo mientras aprendemos de este nuevo virus, tanto en nuestra inmunidad como en el conocimiento de la enfermedad, su tratamiento y prevención eficaz. Gran reto para el nuevo Ministro de Salud. Cabe preguntarnos si nuestro sistema será resiliente y el Gobierno confiable, en un ambiente caldeado de pérdida de credibilidad, corrupción, cuestionamientos e ilegitimidad por los escándalos políticos y el menosprecio a las reclamaciones ciudadanas. Y cómo esperar que el lavado de manos sea realizado por los ciudadanos que no cuentan con agua para su consumo vital y menos con recursos para obtener los insumos, aunque básicos, indispensables para su cuidado. Solo queda esperar que la solidaridad se haga viral para que las medidas gubernamentales, la respuesta de todos los sectores y el comportamiento de los individuos nos permitan cuidarnos entre todos.

PD. Por honestidad y responsabilidad las universidades deben cerrar ya.

El mundo de Turcios



Oportunidad

Por Alonso Sánchez B.



En Washington, los vagones del metro viajan solitarios; en Barcelona se acabó el papel higiénico; en NYC hay parqueaderos con las barreras de acceso levantadas permanentemente; en Los Angeles, los estantes de los supermercados están desocupados; en México, a los asistentes a la Conven-

ción Bancaria les entregaron al entrar un frasquito de gel antibacterial; En Holanda se acabó el jabón y el paracetamol; en Portugal, a partir de hoy están prohibidas las puertas abiertas de colegios, universidades, bares, discotecas, restaurantes y todo tipo de comercios.

Tal parece que de repente nos hemos enterado que somos mortales, que sólo importa la vida y que en cualquier momento nos vamos de aquí, igual los banqueros como las estrellas de Hollywood. El pánico es hoy el dueño del mundo. Parece una novela de ciencia ficción o una serie de TV sobre una

distopía. Lo cierto es que un minúsculo microbio ha puesto a temblar a la humanidad. Así de frágiles somos. Así de vulnerables.

Preocupa por igual el virus como la recesión que pueda acarrear a la economía mundial. Las empresas están trabajando a medias y las acciones están por el suelo. Los negocios pequeños y medianos enfrentan un gran riesgo de desaparecer y, con ellos, millones de puestos de trabajo.

Hay quienes estamos acostumbrados a trabajar en soledad. Al colombiano promedio, en cambio, le va a costar esfuerzo. Sé de al-

gunos que están tomando la crisis como unas vacaciones, quizá sin ser conscientes de lo que a mediano plazo acarreará esa irresponsabilidad. Para colmo, si los colegios cierran, los padres tendrán que hacer maravillas para trabajar y atender a sus hijos al mismo tiempo. Más difícil será sobrellevar el aburrimiento.

¿Cuánto tiempo realmente durará el confinamiento? ¿Cómo sobrellevarlo? Así fueran tan sólo un par de semanas, la cuarentena incluye confusión, ira y mucha ansiedad. ¿Cuántos matrimonios sobrevivirán a este encontrarse tanto tiempo solos en

un mismo espacio? ¡Ah, la cotidianidad! El temor a infectarnos, además de tapabocas ¿nos llevará a usar guantes, a lo Howard Hugues?

El coronavirus también afecta la salud mental. Para esto también hay que prepararse. Lo más complicado será acostumbrarse al silencio. De hecho, el colombiano promedio le teme más a la soledad que al coronavirus. El silencio implica enfrentarse a sí mismo, a los pensamientos propios; implica tener que verse en el espejo interior. El silencio y la soledad hay que alejarlos, piensan, así sea con el cuchicheo lejano de un televisor

encendido. Nada nos aterra más que pensar en lo que somos y tener que asumirlo.

El coronavirus quizá ahonde en la crisis del capitalismo en cuanto a que puede frenar el consumismo. ¿Por qué vivir para comprar y valorar la vida sólo a partir del dinero? ¿Vale la pena vivir a las carreras si a la vuelta de la esquina el señor de la guadaña nos espera? Algo estás haciendo mal si no aprendes nada tras regresar del infierno. Ojalá sea esta la oportunidad para que cada quien deje de temer de sí mismo, redefina para sí la palabra éxito y acca al placer de la soledad.

@sanchezbaute